

Agua para beber y vivir

Me llamo Pedro, tengo diecisiete años y vivo en Nicaragua, en la aldea de Palo Grande, junto al pueblo de Somotillo, muy cerca de la frontera con Honduras. Al lado de mi pueblo pasa un río que tiene nombre de animal: el Gallo. La gente de aquí dice que es un río caprichoso porque a veces está medio seco y otras se desborda con rabia e inunda casas y tierras. Mi abuelo me ha contado que, cuando él era niño, podía beber agua de las orillas del río, pero hoy no es raro ver de vez en cuando algún animal muerto flotando, sobre todo cuando el agua trae malos olores y una espuma blanca, como de jabón.

Hoy en la escuela hemos tenido una pequeña fiesta. Todos hemos venido con un vaso vacío para estrenar el nuevo grifo de agua potable del patio. Lo han instalado unos ingenieros que vienen de la Unión Europea y trabajan en una organización llamada Ingenieros Sin Fronteras. ¡Ellos sí que saben cómo limpiar el río! Nada más probar el agua del grifo del cole he entendido por qué mi abuela siempre decía «agüita», usando un cariñoso diminutivo: tiene un sabor suave y agradable y no pica en la garganta, ni tiene un olor raro como el agua turbia que bebíamos hasta ahora.

Ahora tenemos una depuradora y nos dicen que las aguas del río volverán a bajar limpias, como cuando mi abuela lavaba la ropa en él. Las lavanderas contaban la historia de la Llorona, el espíritu de una mujer que perdió a su hijo arrastrado por la corriente del río y que, al anochecer, lloraba y gritaba desconsolada. Las mujeres del pueblo tenían tanto miedo de ese personaje imaginario que, cuando empezaba a caer la noche en el río, cogían la ropa todavía húmeda, la juntaban en un solo montón y salían corriendo como alma que lleva el diablo.

Mi abuela creyó hasta el fin de sus días que la Llorona era un personaje real, igual que creía en la existencia real de otros personajes de aquellas viejas historias que las mujeres contaban en las orillas del río. Yo sé muy bien que el lamento de la Llorona no es más que el ruido de la corriente del agua que puede escucharse en la noche, cuando todas las otras voces y ruidos callan. Es el grito de una naturaleza viva que nos pide que no la destruyamos, si no queremos destruirnos a nosotros mismos.

Esta mañana, al beber agua del flamante grifo del patio de mi escuela, recordé a mi abuela lavando en el río y me pareció escuchar su voz en los borbotones: «bebe tranquilo, vive largos años, Pedrito».